

EN HONOR DE BLASCO IBÁÑEZ
(*El Pueblo*, 17-XII-1906)

¡Gracias republicanos!

El día de ayer fue una página gloriosa del partido Unión Republicana. Grande creímos siempre el entusiasmo de nuestros correligionarios, su amor, su veneración a Blasco Ibáñez, al inmortal pintor de nuestro cielo, de nuestra vega, de nuestras costumbres, al conquistador de la libertad de la región, pero el acto de ayer rebasa los límites de toda ponderación.

No tenemos espacio para expresar cuán grande es nuestra admiración hacia esas masas, hacia ese entusiasta y aguerrido ejército.

Por hoy nos limitamos a decir a todos en nombre de Blasco Ibáñez: ¡Gracias, muchas gracias, republicanos!

**La manifestación
En el Centro del partido**

Antes de las diez de la mañana los locales del partido y la rotonda del casino comenzaron a ser invadidos por numerosos correligionarios. En todos los pechos palpitaba el mismo anhelo; todos los corazones latían al unísono; en todos los semblantes observábase idéntico regocijo, la misma alegría.

Todos acudían al mágico conjuro de un nombre, del más respetado y querido, el de Blasco Ibáñez, amigo queridísimo, jefe entusiasta, literato eminente, valenciano ilustre.

Pronto se hizo imposible circular por dentro del casino, tal era la aglomeración de correligionarios que en él se habían congregado.

Allí estaban representantes y amigos cariñosos de los pueblos de la provincia; portadores eran del entusiasmo, de la abnegación, de los plácemes y felicitaciones de los republicanos de los mismos que no quisieron que se celebrase acto tan importante sin que en él ocupasen un puesto.

A las once y cuarto la muchedumbre formaba un grupo imponente a la puerta del Centro y llenaba casi por completo la calle de Libreros y la plaza del Patriarca.

En el Centro encontrábase los diputados provinciales y los individuos de la Junta Municipal del partido y representaciones de casinos y entidades republicanas de Valencia y la provincia.

En marcha

Poco antes de las once y media llegaron al Centro varias personalidades del partido y la redacción de *El Pueblo* con su director, Félix Azzati.

Pronto sonaron vivas entusiastas, aplausos atronadores y a los gritos de ¡Viva Valencia!, ¡Viva la República francesa! y ¡Viva Blasco Ibáñez!, púsose en marcha la manifestación, a cuya cabeza figuraban los individuos de la Junta Municipal con su presidente D. Francisco Garrido, y nuestro compañero Azzati.

Los aplausos eran continuados, atronadores, entusiastas; aquella masa inmensa púsose en marcha dificultosamente en dirección a la Casa Ayuntamiento, donde esperaban a los manifestantes los concejales del partido.

Muchos miles de personas vitoreaban a Blasco Ibáñez, batían palmas, mientras abríanse los balcones y se asomaban a estos, uniendo su entusiasmo al de los manifestantes.

Estos se dirigieron al ayuntamiento, en número de más de 10.000, por las calles de la Nave, Universidad, Pintor Sorolla y plaza de Castelar.

En el ayuntamiento

Al llegar a la calle de la Sangre encontrábase en ella gran número de republicanos para engrosar la manifestación.

En el salón de la alcaldía encontrábase la comisión oficial, que la componían el alcalde, los concejales Sres. Paredes y Bort, y el secretario del Ayuntamiento, Sr. Jiménez Valdivieso; estos ocuparon un landó y se trasladaron al consulado francés para recibir allí a los manifestantes.

A las doce encontrábase en la alcaldía, para asistir a la manifestación, todos los concejales del partido de Unión Republicana.

Al consulado francés

Al presentarse en el patio de las casas consistoriales todos los concejales del partido con la Junta Municipal y los señores Gil y Morte, Beltrán, Azzati, Algarra, Barral, Pinto, Veres, Cru y demás personalidades, estalló formidable ovación, sucediéndose las aclamaciones y los vivas a Blasco Ibáñez y a Sorolla.

La calle de la Sangre y buena parte de la de San Vicente y de la plaza de Castelar estaban ocupadas por completo, hasta el extremo de haber tenido que detenerse los tranvías, suspendiendo el servicio hasta que la manifestación reanudó su marcha.

Aquella inmensa ola humana apretujábase abriendo paso a las personalidades del partido para que juntamente con los concejales formasen al frente de los manifestantes.

Por fin se reanudó la marcha, presentando la calle de San Vicente hermoso golpe de vista. Un verdadero mar de cabezas, más de quince mil personas, avanzaban lentamente, aplaudiendo con verdadero frenesí, vitoreando a Blasco Ibáñez, a Francia republicana y a Valencia.

Para que se pueda tener una idea de lo imponente, nutrida y numerosa que era la manifestación, baste decir que al llegar la cabeza de la misma a la plaza de la Reina, aun salían manifestantes por la de la Sangre.

En la calle de la Paz

La regularidad de la calle, su hermosura, era marco adecuado al verdadero ejército que por su magnitud no podía tener cabida en su totalidad dentro de la misma.

Miles de manos batían palmas; miles de pechos enardecidos por idéntico motivo lanzaban al viento el mismo grito: ¡Viva Blasco Ibáñez! ¡Viva el Zola español! ¡Viva Francia!

Los vítores, las aclamaciones, los entusiasmos, revistieron el carácter de verdadero delirio al cruzar por la calle de París y Valero; aquellos vivas, aquellas aclamaciones eran una contestación categórica, terminante; era un verdadero plebiscito, una réplica de gigante que la Valencia honrada, liberal, revolucionaria, la que sabe hacer justicia a sus hijos, daba a los injuriadores, a los envidiosos, a los impotentes que amarillos de cólera, temblorosos de emoción presenciaban desde los balcones de su cachapera aquel inacabable desfile.

Nuestros correligionarios contestaban y Valencia también a las campañas de calumnia en forma harto elocuente y terminante para que los cuatro desgraciados que estaban en el casino Radical, por muchos entusiasmos que por su causa sientan no los vieran deshechos, destruidos.

Bien hicieron nuestros correligionarios despreciando a los impotentes; bastante castigados quedaron ayer al ver desfilar ante ellos miles y miles de hombres que pronunciaban todos con idéntica veneración el mismo nombre: ¡Blasco Ibáñez!

La Marsellesa

Al llegar la manifestación a la calle frente a la Glorieta, encontrábase en el kiosco de conciertos del paseo la Banda Municipal que estaba dando el anunciado.

Los manifestantes prorrumpieron en aclamaciones y pidieron a la banda, en medio de grandes vivas a Francia y a Blasco Ibáñez, que tocara *La Marsellesa*. Así lo hizo la banda atendiendo las órdenes de los concejales. El momento fue solemne, conmovedor; miles de sombreros se agitaban en el aire, se vitoreaba a Francia republicana, a Blasco Ibáñez y a Valencia.

Las valientes notas de *La Marsellesa*, unidas a los vítores y aclamaciones, se sucedían.

Los manifestantes prosiguieron su marcha por la plaza de Tetuán, dando una nota simpática al pasar por frente al cuartel de Santo Domingo, aplaudiendo estrepitosamente al ejército.

Al atravesar el puente del Mar, la manifestación era imponente y presentaba un golpe de vista hermosísimo.

En el consulado

Al llegar al consulado francés, sito en la Alameda, los grandes jardines que preceden al hermoso chalet en que está instalado, fueron invadidos por los manifestantes.

El jardín presentaba un aspecto por demás pintoresco; los hermosos macizos del mismo veíanse circundados por apretado cerco de entusiastas republicanos. Fuera del jardín había una masa que ocupaba el camino de la Soledad y la parte de plantío y andén de la Alameda que enfrentan con el consulado, también había una masa inmensa de republicanos que abrieron paso

para que los concejales pudieran llegar hasta las puertas de la mansión oficial del representante francés.

El excelentísimo señor conde de Valicourt, acompañado del personal oficial del consulado, esperaba a los concejales a la misma puerta del hotel.

Grandes vivas a la nación hermana, a la libre Francia y a la República se confundían con otros a Valencia, a Sorolla y a Blasco Ibáñez.

El momento no podía ser más solemne.

El cónsul francés acompañó a los visitantes hasta el salón de recepciones, en cuyas paredes vimos colgados cuadros de costumbres valencianas, buena prueba del aprecio, del cariño que a nuestra ciudad siente.

Ya en el salón de recepciones, el alcalde Sr. Sanchis Bergón, en nombre de la ciudad, pronunció breves y elocuentes frases demostrativas de la simpatía que Valencia siente hacia la República francesa y el testimonio de gratitud de la ciudad por la distinción que el gobierno de Francia ha otorgado al pintor de su huerta y de su mar, y al que con su pluma inmortalizó las hermosuras de nuestro suelo y nuestras costumbres: a Sorolla y Blasco Ibáñez.

En nombre de la ciudad, el Sr. Sanchis Bergón rogó al señor cónsul francés que fuese el transmisor a su gobierno de estos anhelos de Valencia. Terminó con un ¡Viva Francia! que fue unánimemente contestado.

El conde de Valicourt pronunció un discurso en castellano, muy sincero y elocuente.

Agradeció en nombre de su gobierno las frases pronunciadas por el alcalde de Valencia y prometió transmitir las a aquel.

También tuvo frases muy elocuentes para el Ayuntamiento, asegurando que tenía mucho gusto en consignar que el Ayuntamiento que sabe revolucionar una ciudad, abrir nuevas vías, transformar su aspecto, hermoseando su fisonomía, sabe también rendir tributo a sus preclaros hijos Sorolla y Blasco Ibáñez, como lo probaba aquella inmensa muchedumbre que aplaudía y vitoreaba aquellos dos nombres.

El señor cónsul francés terminó su discurso dando un viva a Valencia que fue contestado por otros vivas a Francia.

Como los manifestantes seguían aplaudiendo, el cónsul y el alcalde salieron a la terraza del hotel, saludando el Sr. Sanchis Bergón en nombre del conde de Valicourt a Valencia.

Continúa la manifestación

Cumplida la misión en el consulado, los manifestantes se dirigieron por el paseo de la Alameda, puente del Real, plaza de Tetuán, Glorieta a la redacción de *El Pueblo*, con objeto de cumplimentar el acuerdo de saludar al padre de Blasco Ibáñez, del querido maestro.

Durante el trayecto se repitieron vivas y aclamaciones, oyéndose muchos a Valencia, a la República y a Blasco Ibáñez.

La calle de D. Juan de Austria era insuficiente para contener la masa de correligionarios que formaban la manifestación.

En el gran salón de *El Pueblo*, Gaspar Blasco, el padre del jefe querido, del maestro inolvidable, recibió profundamente emocionado la felicitación de las autoridades del partido, a las que patentizó su agradecimiento.

En la redacción de *El Pueblo*

Frente a nuestra casa, que es la de los correligionarios, se situaron cuantos en el interior no pudieron penetrar dentro del local que, con ser tan amplio, no era suficiente para contener más que una pequeña parte de los manifestantes.

En el gran salón de *El Pueblo*, D. Gaspar Blasco, el padre del jefe querido, del maestro inolvidable, recibió profundamente emocionado la felicitación de las autoridades del partido y patentizó a esas su agradecimiento.

Como en la calle había miles de personas, atendiendo los requerimientos de estas, salieron al balcón el padre de Blasco Ibáñez y nuestro compañero Azzati.

El momento resultó solemne, sentido; mientras en la calle los nombres de Azzati y Blasco Ibáñez se entrelazaban, arriba, en el balcón, el padre del gran novelista, del tribuno insigne, abrazaba al discípulo predilecto, a Félix Azzati.

Nuestro compañero hubo de decir unas breves palabras.

Manifestó que él que se había formado al calor del gran novelista, él que había nacido para la lucha y para el periodismo al lado de Blasco Ibáñez, consideráble como su padre literario, y por ello y en nombre de todos los manifestantes, abrazaba y besaba al padre del genio, al padre del maestro, de Blasco Ibáñez.

Repitiéronse los vivas a Blasco Ibáñez, a su discípulo y a la República, y la manifestación se disolvió en medio del mayor orden.

El mitin

Aspecto del teatro

El teatro presentaba un aspecto brillantísimo, totalmente ocupado por la inmensa multitud que estrujada oía con gran atención los discursos de la velada.

Habíanse quitado las butacas y sillas de la entrada general con objeto de que fuera mayor el espacio y no hubiese local ocupado inútilmente.

La sala se hallaba adornada con guirnaldas entrelazadas que se enroscaban a lo largo de las columnas para servir de marco a los medallones anunciadores de las obras de Blasco Ibáñez y a los escudos y banderas de Francia y España.

En el centro de cada columna y rodeados de guirnaldas se hallaban enclavados grandes cartelones pintados con arte y con ingenio, y en los que se leían los títulos de las obras de Blasco Ibáñez al lado del dibujo representando la escena más saliente de la obra.

Todas las obras de Blasco Ibáñez figuraban en los artísticos dibujos. *Arroz y tartana*, *Flor de mayo*, *La barraca* y *Cañas y barro* se leían en unos, junto con la alegoría ingeniosa que el artista supo trazar mágicamente con su pincel en un momento de feliz inspiración.

Entre naranjos y Sónnica la Cortesana figuraban a continuación, representada aquella por los abrazos de Leonora y Rafael, y esta por el idilio incomparable de Ranto y Eroción.

La catedral figuraba en una hermosa perspectiva representando el amanecer toledano. *El intruso*, *La bodega* y *La horda* estaban representadas por escenas salientes de sus obras; y *La maja desnuda*, la última, colosal creación del insigne maestro lucía su nombre sobre artística cenefa que orlaba una copia de la divina producción de Goya.

Y completaban el adorno de las columnas otros artísticos carteles con dibujos también alusivos y que correspondían a los *Cuentos valencianos*, *La condenada* y *En el país del arte*.

A los lados del escenario, y como presidiendo la fecunda labor del genio valenciano, erguían sus nombres los dos grandes periódicos fundados por Blasco Ibáñez. *El Pueblo* a un lado, representado por el cartel debido al pincel de Sorolla, y *La Bandera Federal* al otro, destacando su nombre entre los pliegues de una bandera tricolor, que en son de guerra tremola una mujer republicana.

Al levantarse el telón e iluminarse el escenario, el entusiasmo popular se desbordó ante aquel derroche de arte, y los aplausos para los artistas no cesaban, así como los vítores a Blasco Ibáñez.

El escenario se puede decir que es tarea casi imposible el describirlo; es una obra que excede a toda ponderación, y en la que no se sabe qué admirar más, si el arte, el gusto, el ingenio derrochado hasta en los más nimios detalles o el talento demostrado por los artistas, dadas las condiciones de celeridad en que se han visto obligados a trabajar.

El pensamiento de convertir el escenario en un trozo de la huerta, ha sido más que feliz, genial, y ha venido a demostrar que nada hay imposible para nuestros artistas cuando ellos quieren poner a contribución su talento y llegar al corazón de las multitudes con el gusto y con el arte de sus obras.

El escenario quedó convertido en un trozo de huerta frondosa y alegre. Al fondo, una decoración artística producía la ilusión de campos y barracas que a lo lejos alegran la vida con el color de sus frutos y la blancura de sus paredes.

A la derecha se veía una barraca con la puerta abierta, rodeada de árboles, con el pozo a corta distancia, y sin faltar un solo detalle.

Y a la izquierda se erguía potente, majestuoso, severo, el busto de Blasco Ibáñez, saliendo arrogante por entre el verde follaje de unos naranjos y destacándose visiblemente sobre un colosal escudo de Valencia hecho todo de flor natural.

El aspecto del escenario era deslumbrador; la escueta relación que acabamos de hacer, con la precipitación propia de lo avanzado de la hora, no podrá servir más que para forjarse una pálida idea de la belleza y el gusto con que estaba adornado.

Los que anoche tuvieron la fortuna de ver el espectáculo que ofrecía el busto de Blasco Ibáñez, sobresaliendo entre naranjos, respaldado por los colorines del escudo de Valencia, y guardado por dos bellas, lindísimas labradoras, Carmen y Pepita Sancho que colocadas a un lado y otro del busto

lucían su hermosura incomparable, no lo olvidarán seguramente y por largos años guardarán recuerdo de él, ya que tan contadas ocasiones se dan en la vida para que se conjuncione tan felizmente el arte y el pueblo, la belleza y la multitud.

Los artistas que han intervenido en el adorno del teatro, conocidos son del público. En días anteriores lo hemos dicho. Son Genaro Palau, el escultor Paredes y los jóvenes Carmelo Roda y Bartolomé Mongrell.

El primero, Genaro Palau, ha puesto desde el primer momento toda su alma, todo su espíritu y todo su arte en el adorno del teatro, y ciertamente que salió airoso en el cometido. La idea de transformar el escenario, dándole el carácter de un trozo de nuestra huerta, ha sido una idea felicísima que ha demostrado su independencia espiritual para crear, sus aptitudes especiales que no necesitan el patrón forzado de la rutina, sino que libres se manifiestan en ayuda de la inspiración, y su claro talento para saber apreciar *in mente* las bellezas del conjunto.

Para el escultor Paredes no se oían más que alabanzas y elogios; de la boca de todos salía la misma frase, dicha con igual sentido, con idéntica sinceridad. Todos reconocían como insuperable su labor, y nadie se equivocaba al exaltarle y disputarle como el primero de entre nuestros escultores; la multitud impresionada le otorgaba su aplauso y era un sentir halagador las esperanzas que esa multitud cifra en el joven escultor. La masa popular le proclamó anoche como uno de los suyos, porque hasta ella llegó con la divinidad prodigiosa de su arte, con el alma puesta en la obra, con la vida y el ardor de su creación, y esa masa nunca se engaña porque a su corazón hay que llegar por las vías honradas y porque ella solo presta su admiración colectiva cuando el artista supo hacerla sentir recta y sinceramente.

Los jóvenes artistas Carmelo Roda y Bartolomé Mongrell han demostrado que no en vano se cifraban esperanzas en ellos cuando todavía asistían a las clases. El trabajo realizado por ambos es prodigioso; rápidos en la concepción, felices en la composición, acertados en el dibujo y firmes y seguros en el conjunto. Su labor les acredita de artistas de mérito, y ciertamente que no se hará esperar mucho tiempo sin que uno y otro den muestras gallardas de su ingenio y de su arte.

Estos artistas fueron muy eficazmente ayudados por los Sres. Cortina, Alemany, Calpe y Liern, a quienes no podemos menos de dedicar también calurosos elogios.

A los pocos minutos de haber sido levantado el telón entraron en el escenario oradores y personalidades del partido.

Formaban la mesa el presidente de la Junta Municipal D. Francisco Garrido, D. Adolfo Gil y Morte, D. Adolfo Beltrán, D. Juan Barral en representación de los diputados provinciales, D. Mariano Cuber y D. Juan Bort en la de los concejales de la mayoría republicana; don José Mira, secretario de la Junta Municipal, y nuestro querido compañero Félix Azzati.

Detrás de ellos se hallaban sentados los concejales, diputados provinciales y representantes de todos los casinos y entidades del partido de Unión Republicana de Valencia.

De los ediles vimos a todos los que forman la mayoría del Ayuntamiento.

Diputados provinciales, se hallaban los señores Pinto, Veres y Cubells.

Los concejales y diputados provinciales vestían de etiqueta y llevaban las insignias del cargo.

También vestían levita los oradores y personalidades del partido.

Al aparecer en el escenario los oradores resonó una formidable ovación, tocando la banda municipal *La Marsellesa*.

Los aplausos y vivas eran ensordecedores, siendo producidos por una masa enorme que ocupaba totalmente el teatro de Pizarro.

Antes de comenzar la velada, la banda municipal interpretó de modo admirable *Sigfrido*, siendo ovacionadísima la música al terminar.

Comienza el acto.

D. Francisco Garrido

El presidente de la Junta Municipal, señor Garrido, pronunció pocas pero sentidas palabras.

Comenzó afirmando que era ayer el día de mayor regocijo para el partido de Unión Republicana por estar dedicado a rendir homenaje al que fue y será siempre su ilustre caudillo y jefe.

«Esta mañana –continuó– se ha celebrado una manifestación en honor del eminente literato valenciano, del primer novelista español; pero como ese acto no era político, el partido debía dedicarle uno suyo al que es hoy y será siempre su jefe, al gran repúblico Blasco Ibáñez. (Gran ovación y vivas ensordecedores.)

Nuestro entrañable amigo ha obtenido dos distinciones: una, el nombramiento de Comendador de la Legión de Honor, y otra, la de haber declarado el gobierno francés de texto sus libros en las cátedras de español de los institutos franceses.

La primera es fácil que se borre con el tiempo; pero en cuanto a la segunda, es imposible que ocurra lo propio, pues las lecciones que se aprenden de niños jamás se olvidan.

Por la lectura de esos libros conocerá el pueblo francés nuestras costumbres retratadas con sin igual exactitud, pudiendo apreciar el carácter del pueblo valenciano por *Arroz y tartana*, la hermosura de nuestra huerta por *La barraca*, y al pescador de las playas levantinas hecho carne en *Flor de mayo*.

También conocerán desgraciadamente por *El intruso* España, la España reaccionaria, reverso de la nación que ha glorificado a Blasco Ibáñez, y que ha podido llegar a la separación de la Iglesia y el Estado, punto a que tardará muchos años en llegarse en esta desgraciada nación. (Ovación estruendosa.)

Y como me han de preceder en el uso de la palabra muchos oradores, termino con un grito y es este: ¡Viva Blasco Ibáñez!»

Este viva fue contestado unánimemente.

El Sr. Garrido oyó una ovación larguísima al terminar su discurso.

D. Mariano Cuber

Al levantarse el Sr. Cuber fue saludado con una salva de aplausos.

Con voz clara, de tonos enérgicos, el Sr. Cuber empezó su discurso empleando los siguientes términos:

«Señoras y señores: No hace mucho tiempo, en un discurso de Ateneo que me vi obligado a pronunciar, rindiéndome solícito a tentadores requerimientos de la amistad, describía yo el estado ambiente de nuestra juventud y nuestra sociedad, contrario en absoluto a todo lo que sea progreso intelectual, manifestación literaria o virtud política.

Afirmaba que nuestro medio gazmoño e hipócrita es contrario al arte, a la ciencia, a la literatura. (Aplausos.)

La juventud –decía ya en el Ateneo– no siente las altas inspiraciones del entusiasmo y de la fe que hacen de la bohemia un paraíso y de la cárcel un palacio.

Hoy en nuestro estado social se calcula, se pesa y se mide todo.

Para la juventud preocuparse de cosas desinteresadas es locura; se calcula para todo: para amar, para casarse, para afiliarse a un partido; se pesa y se mide la recompensa: no se realiza ningún acto si no es para conseguir una merced a la vuelta de un esfuerzo, y así se pone al trabajo en ridículo y se desprecia la virtud. (Aplausos.)

Por eso con una reacción religiosa que espanta coincide una degeneración moral que tiene muy pocos precedentes.

La política es feria de conciencias en que solo se eleva la bajeza, la adulación o la sinvergüenza. Se premia la defección, la virtud causa risa; la firmeza en el pensar y la valentía en el sentir son blanco del sarcasmo.

Por eso en un ambiente de tal naturaleza Blasco Ibáñez es una excepción, una planta rara.

Hombres como Blasco Ibáñez se comprenden en París, allí donde los obreros parisienses no dejan secar las flores en las tumbas de dos poetas, de Mürger y Alfredo de Musset; donde las multitudes velan a la puerta de las casas de Coppel, Victor Hugo, y lloran acompañando los cadáveres de Daudet y Zola; donde son populares, conocidos y estimados cronistas como Lowain, Mirabeau, Anatole France y Armande Silvestre; pero aquí donde ocurre todo lo contrario, Blasco Ibáñez es una verdadera excepción, es un titán que contra la corriente fabrica con sus brazos de Hércules una sociedad nueva. Porque Blasco es un creyente del progreso; un santo del porvenir; porque los santos del porvenir no estarán en la iglesia ni morarán en el claustro; lo serán los soldados que mueren lejos de la patria ingrata por defender unos derechos que ignora y para yacer en una tumba ignorada; lo serán los sabios que indagan la verdad sin esperar recompensa; lo serán los propagandista de ideas avanzadas que arrostran las persecuciones por lanzar al espacio las semillas del porvenir y el progreso; lo serán los humildes obreros que consumen su vida en una lucha estéril y sin esperanzas; todos, en fin, los que trabajan desinteresadamente para sus hijos, para sus padres, hasta para sus enemigos en la inmensa solidaridad que a todos los

humanos junta, cooperando en pro de la realidad sin esperar recompensa en esta vida ni en la eterna. (Grandes aplausos.)

Pero estos obreros del porvenir, estos santos del mañana, mal que les pese a las turbas fanáticas encuentran al fin su recompensa. (Aplausos.)

Blasco Ibáñez ya lo ha conseguido. En la patria del gran Voltaire, en esa especie de metrópoli intelectual de Europa, en ese pueblo luminoso que se llama París, han consagrado su valimiento con la más alta recompensa que puede concederse al genio.

Y no podéis imaginaros, republicanos, los grados de felicidad que para un artista tienen estas recompensas a su valer y a su inteligencia.

Por instantes en la existencia humana la felicidad y la dicha es un hecho.

Vosotros, por desgraciados que seáis, habréis visto la vida iluminada en un momento por el relámpago de la dicha.

Sería acaso allá en la infancia al despertaros una mañana los besos de la madre en la nivea cuna bañada por el sol; sería acaso al recoger en la juventud de labios de la mujer amada un suspiro de amor; sería acaso al pensar en algo grande que pudiese beneficiar el día de mañana al progreso y a la patria; sería al contemplar la belleza o al escuchar al genio.

Pero ninguno de estos momentos son comparables a la dicha, al contentamiento que produce al artista el ver consagrado su talento por un público de escogidos. (Ovación prolongada.)

¿Qué valen ante estas demostraciones los latigazos rabiosos de la envidia impotente? (Aplausos.)

Es necesario, forzosamente necesario, que los grandes hombres tengan enemigos pequeños que los combatan. Las coronas de laurel atraen mosquitos. Según la hermosa frase del eminente Victor Hugo: «La gloria es una cama dorada que cría chinches» (Grandes aplausos.)

Voy a terminar; pero al hacerlo, os recomiendo gravéis siempre en vuestra memoria estas dos observaciones: una, la de que la virtud que más se acerca al genio, es la de saber comprenderlo y admirarlo, tenedlo siempre en cuenta cuando recordéis a Blasco Ibáñez; otra, es la de que todo pasa; pero que de los pueblos muertos que arrastra la corriente de la civilización una sola cosa queda: libros.

Glorifiquemos, pues, al maestro, al eminente escritor que se llama Blasco Ibáñez. Y los que por escasez de dotes intelectuales no podemos seguirle por esa senda de triunfos y flores, retornemos modestamente a la lucha política con redoblado ardimiento llevando su nombre como bandera; el entusiasmo, la unión, la fe y la verdad como armas, y la República como guía.»

Las últimas palabras del orador fueron ahogadas por una estruendosa salva de aplausos.

El discurso que nuestro querido amigo Cuber pronunció anoche es uno de los mejores que hemos oído. Fue justísimamente elogiado por el fondo y la forma.

D. Juan Barral

Le anunció al presidente del acto diciendo que era Barral el amigo íntimo de Blasco Ibáñez, y el que desde los primeros pasos políticos del ilustre maestro le había seguido compartiendo con él los sinsabores de las primeras luchas. Fue saludado con grandes aplausos.

«Queridos amigos: Estamos aquí congregados para rendir tributo y homenaje de admiración al hombre de talento, al hombre constante, al político sincero y honrado.

Aparte su significación política, al tratar de rendir este homenaje a un hombre que ha puesto tan alto el nombre de Valencia en Francia, parecía natural que debieran haber acudido otras personalidades para honrar y glorificar a este ilustre novelista.

Nos encontramos los de siempre; estamos los mismos aquí, agrupados todos los que formamos el gran partido de Unión Republicana, los más fuertes porque somos los amos... (Grandes aplausos.)

Nosotros, el partido de Unión Republicana hemos demostrado saber honrar a los hombres de talento porque sabemos sentir. Llámese Blasco, llámese Giner; llámese Sorolla, la Unión Republicana siempre ha acudido a tributar el homenaje que debe prestarse a los hombres que se distinguieron por su excelsa labor. (Aplausos.)

Los enemigos, cuando se trata de tributar elogios a Blasco, no miran al hombre de talento y sí al político, olvidándose por completo del novelista.

El nombre de España se encontraba aherrojado y humillado en el extranjero por culpa de los políticos monárquicos que llevaron a nuestra patria a la catástrofe, arrastrando su nombre por el fango. Y fue preciso que los hombres de talento elevaran el crédito con los frutos de su trabajo y de su estudio.

Ayer fueron Echegaray y Cajal los que elevaron el nombre de España. Hoy son Blasco Ibáñez y Sorolla, dos hijos queridísimos de esta patria chica, en la que el arte tiene una de sus más fecundas fuentes.

Blasco Ibáñez ha dado a conocer el carácter del pueblo español en el extranjero, sorprendiendo sus costumbres, su vida interior y retratándolo en sus admirables novelas para que en el extranjero sepan cómo es este pueblo, no la España oficial, sino el pueblo que trabaja, el pueblo que sufre, el pueblo que vive, el que tiene sangre hirviente en sus venas y atesora energías para más altas y revolucionarias empresas. (Aplausos prolongados.)

Para mí es más grande el Blasco político que el literato; este, de haber subsistido en el ambiente literario, apartado de la lucha política, hubiera llegado a ocupar un sillón académico con más títulos que su actual presidente, que no tiene más mérito que el de haber escrito una biografía de Santo Tomás de Aquino y unos discursos huecos y ramplones. (Aplausos.)

En España no constituye mérito pertenecer a ningún centro oficial porque todos arrastran una vida de farsa, dándose el caso de que en esa Academia Española figure el Sr. Maura sin tener títulos para ello y a quien nadie conoce como literato. (Ovación.)

Blasco Ibáñez es grande, es inmenso como literato, pero para mí es más grande como político; es un héroe, es un mártir. Con sus trabajos, con sus discursos fogosos y viriles hizo labor impersonal, política de ideas, arrancando al pueblo de las tabernas y llevándolo a los casinos, a las bibliotecas donde se instruye, donde lee, donde a diario discute y en donde se educa política y socialmente. (Grandes aplausos.)

Nuestros enemigos admiran a Blasco Ibáñez como literato, y dicen: «¡Qué lástima que sea político!», y yo digo: «¡Qué lástima que no viva cien mil años siendo el político que siempre ha sido».

Voy a terminar con dos vivas: ¡Viva Blasco Ibáñez como literato, pero viva mil veces más como político!»

Ensordecedora y prolongada ovación acogió la última frase del orador.

Nuestro compañero de redacción Salvador Ariño leyó con buena entonación una inspirada poesía del inolvidable Cleta, nuestro queridísimo amigo y correligionario Serrano Clavero.

Como dicha composición es inédita y escrita expresamente para el memorable acto de anoche, la publicamos a continuación.

«Las arras»

¡Hermanos, los de Levante!
Vestíos la mejor ropa
y engalanad la barraca,
y haced estallar la pólvora,
y lanzad de *les albaes*
las sentimentales notaspar
a cantar a Valencia
que va hoy vestida de novia,
con falda de alegres flores,
con su peineta de concha,
con sus arracadas de oro,
con su pañuelo de blondas,
y luce sobre su seno,
como regalo de boda,
una banda azul y blanca,
signo de honor y de gloria
que ha ganado en otras tierras
el mozo que la enamora.
Redéu! y quina parella
més rebonica y grasirosa.
Ella, Valencia, la perla
de la levantina costa,
la sultana sonriente
que se recuesta orgullosa
entre flores y claveles
al arrullo de las olas.
Los reyes a su belleza
ofrecieron sus coronas,

los piratas sus botines,
los trovadores sus trovas.
Ella, luciendo del Turia
el cintillo que la adorna,
esperaba al elegido,
al de frente luminosa,
a aquel que con pluma de oro
pudiera esculpir su historia.
Un día agitó su espíritu
sacudiendo su modorra
la voz de un adolescente
que cantó, dulce y sonora,
grandezas del tiempo viejo,
ansias de dicha remota.
La sultana escuchó atenta
aquella rendida estrofa
donde iba la profecía
confundida con la crónica.
Y ante sus pasmados ojos
surgió la figura airosa
de un hombre, cuyas pupilas
derramaban luz de gloria.
«Ven –le dijo–, *entre naranjos*
tengo *la barraca* mora.
Allí, bajo bolas de oro,
que el sol bruñe entre las hojas
del verdinegro emparrado
a la taladrada sombra,
yo te contaré los cuentos
que guarda tu huerta pródiga.
Atronarán tus oídos
la cencerrada ruidosa,
la dulzaina de *Dimoni*,
la traca ensordecidora.
Ven, sultana. En esas noches
en que el mar, temblando, toca
las adelfas y rosales
que te prestan regia alfombra
a bordo de *Flor de mayo*,
que es mi barca pescadora,
te contaré de estas aguas
la leyenda misteriosa
que encierra el fondo fantástico
desde el Puig hasta Mallorca.
Ven, sultana. En esas tardes
que el sol de abril arrebola
por entre *cañas y barro*,
te contaré las historias

que guarda en su seno frío
tu Albufera pantanosa.
Sultana te llaman todos
y no mira que aún te estorba,
para poder andar libre
del fanatismo la argolla.
Yo romperé tu cadena,
yo borraré tus congojas;
libre te quiero, sultana,
como ese sol que te dora,
como ese mar que te arrulla,
como ese aire que te roza.
Yo para ti he conquistado
los laureles de la gloria;
cíñelos, Valencia mía;
eterna verás su pompa,
¡que las coronas de arte
son las mejores coronas!
Mojadas aún por las lágrimas,
te entrego estas nobles hojas.
¡La ingratitud y la envidia
me arañaron! Mas ¿qué importa?
Francia, la gran justiciera,
cerró mis heridas todas
poniendo sobre mi pecho
banda que guarece la honra.
Tómala, sultana mía,
Tómala, sultana hermosa.
¡Luzca la seda francesa
en tu pecho de española!».
En brazos de Blasco Ibáñez
cayó Valencia gozosa.
Y España oyó conmovida
su beso de amor y gloria.

Al terminar nuestro compañero la lectura de la precedente poesía, resonó una ovación entusiasta, que nosotros nos complacemos en transmitir al celebrado poeta Serrano Clavero.

Félix Azzati

Al levantarse nuestro compañero sonó una estruendosa ovación. El entusiasmo era delirante; durante largo rato los vivas a Blasco, a su discípulo predilecto, a su sucesor, no cesaron.

Por fin se hizo el silencio y comenzó su discurso, profundamente afectado por el recuerdo del maestro. He aquí el discurso:

«La popularidad de Blasco Ibáñez»

Muy pocos hombres han gozado en la vida el privilegio de Blasco Ibáñez. Ser amado como él, de este modo, con tal delirio, por las masas populares; gozar en plena juventud de tan intenso amor; pronunciarse el nombre con tal respeto, con tal ardor, que recuerda la exaltación del pueblo en los albores del cristianismo, debe ser emoción inefable, sin semejanza. Nunca un hombre llenó tanto el cerebro de las masas como él, ni nunca el premio al trabajo tuvo tan inmediata y justa correspondencia.

Un refrán popular sostiene que las ausencias causan olvido. ¡Menguado amor aquel que con las distancias se debilita! ¡Miserando sentimiento el que se pone a prueba o se mide en la cantidad de kilómetros! Si en el corazón echó sus raíces el amor y el corazón es sano, el amor aumenta con la lejanía, con la separación; como el pensamiento cruza los montes, atraviesa los valles, se filtra entre los rayos del sol, del viento forja sus alas para llenar con su vuelo el espacio infinito de la naturaleza y del tiempo como llena los espacios de la vida y del sentimiento. (Aplausos.)

Algo de esto ocurre con el inmortal novelista Vicente Blasco. Su alma está en todos nosotros como si con las nuestras forjásemos el alma de Blasco Ibáñez; su corazón late con el nuestro como si en el latir de nuestros corazones existiese una armonía eterna, infinita.

¿Es esto idolatría? No. Con el poderoso esfuerzo de su inteligencia arrancó una ciudad de la trama negra; con el fogoso acento de sus cálidas arengas despertó el sentimiento político del pueblo, preparándolo para la percepción de los grandes ideales; sufrió procesos, persecuciones, vejaciones; vivió largos y tristes meses en la cárcel, injusto castigo que una sociedad estúpida aplica a quienes quieren redimirla; sufrió las adversidades, las negruras del destierro en donde todo dolor y toda miseria aumentan más el dolor de la separación; fundó periódicos, semanarios, universidades populares y encendió para siempre las hogueras de la cultura, cuyo resplandor, que no se extinguirá jamás, ilumina la soberbia figura de Blasco Ibáñez, dándole proporciones de semidiós. (Ovación y vivas a Azzati y a Blasco Ibáñez).

Su obra literaria

No es este el momento de analizar con minuciosidad crítica la extensa labor literaria del maestro. La diversidad de su genio, sus múltiples cambiantes que se revelan desde los ensayos literarios hasta sus últimas producciones, nos sujetarían a una larguísima y compleja disertación.

No se ve en ellas las tristes visiones, nerviosas, supersticiosas de Maeterlink, muy delicadas, sí, como expresión de un temperamento aristocrático, exquisito, pero deprimentes; no se encuentra en sus páginas la amarga desesperación de Maupassant, alma escéptica, grande y viciosa, soberana en sus creaciones pero saturadas de un decadente y doloroso morbosismo; no existe en sus libros la extraña desigualdad que se observa en Flaubert, inmortal en *Madame Bovary*, debilísimo, académico en *Las tentaciones de San Antonio*, en cuya obra, según una frase feliz de la Pardo Bazán, de tanto afilar el lápiz del estilo rompió la punta; no imita a Zola ni en la crudeza del cuadro ni en el

desenfreno de la frase, que aun siendo dantescas las visiones revolucionarias del inmortal novelista francés, en ciertos momentos producen pesadez sobre el espíritu.

Blasco Ibáñez es ante todo y sobre todo un poeta. ¡Como los personajes pintados por Teodoro de Baviile, comenzó alimentando sus creaciones con gasas de lunas, embriagándose en los rayos del sol. Cantó a la tierra, percibiendo en su alma los estremecimientos de la naturaleza. Recogió en su imaginación los latidos del paisaje, las voluptuosidades de la huerta, las gigantescas y agrestes escarpaduras de la montaña, las furiosas e hirvientes olas del mar. Vivió entre las masas proletarias y llevó al libro las miserias, las lacras sociales. Esas lágrimas de las madres desposeídas, a las que se arranca sus hijos para llevarlos a la guerra; los gritos de furor o los ayes desmayados del obrero inerme, sin pan para nutrir los escuálidos hijitos, inefables dúos de amor, acariciados por la brisa de la juventud, románticos, soñadores, saturados del perfume del naranjo; la estruendosa batalla política exaltada, que enciende el cerebro y el corazón de los hombres, toda la variada paleta de los sentimientos humanos ha sido cantada por él, arrancando a la lira los himnos más inspirados, las más conmovedoras estrofas, irradiante sobre ellos torrentes de luz y de color. (Grande ovación y continuados vivas al maestro, a Blasco Ibáñez.)

Ocho meses en la cárcel

Una página hay en la vida política de Blasco Ibáñez que jamás debe ser olvidada: han escrito esa página ocho meses de cárcel y cuatro de destierro, cumpliendo una condena del fuero militar. Y si la cárcel puede ser tolerada por las almas mansas, por los temperamentos resignados, no así lo es por los espíritus que viven eternamente en plena rebeldía.

Recuerdo con el pecho lleno de congojas las visitas que le hacía al atardecer, entre las cuatro desconchadas paredes de una sala de San Gregorio.

Sentado el maestro en una débil silla, apoyado el brazo sobre un sucio escritorio, paseando sus grandes ojos luminosos y melancólicos por aquella triste habitación a la que llegaba el sordo rumor de la masa de presos envueltos en parduzcas vestiduras, el gran artista meditaba siempre, planeaba obras, concebía ideas.

De la calle no preguntaba más que por su bondadosa María y sus pequeñuelos a quienes hacía muchos meses que no besaba, porque uno de los martirios más grandes de la cárcel es que no deja besar a los seres que amamos.

Como el águila que eleva el vuelo, dominando la naturaleza, contemplando desde inaccesibles regiones los zarzales, los abrojos, las quebraduras de la tierra, así el valeroso Blasco, cuando terminaba la entrevista despedíase de nosotros con un apretón de manos y una mirada serena y dirigíase hacia la tenebrosa escalera ascendiendo lentamente, esfumándose su figura entre las grises gasas del crepúsculo para sepultarse en su cela, aprisionado el cuerpo pero libres siempre el alma y el pensamiento que vagaban por las regiones jamás medidas del ideal.

En el destierro

Cruzó las fronteras, expulsado de su patria, para extinguir su condena. Su pluma, que en su primer año de destierro, describió París; en su segundo éxodo pintó Italia, el país del arte, con excelsas evocaciones, animando al fuego de su imaginación, monumentos, ruinas de un tiempo que fue el más grande en la historia de la civilización. Y en ese pequeño libro, entre rasgos geniales de sorprendente colorido, hay gritos de angustia que se escapan, hay patrióticas añoranzas, frases de amor, de ternura a la pobre, a la misérrima madre España, que condena a la cárcel o a destierro a los hombres por leer o escribir, y deja sin castigo a los que no saben. (¡Bravo!)

El nombre de aquel artista, joven, nervioso, soñador, bohemio, bardo de todas las grandezas, luchador de todo noble ideal, peregrino entonces de la adversidad y del infortunio, víctima de la tiranía social, establecida sin freno en esta tierra, no cruza ahora las fronteras afligido por una sentencia, por un castigo. El nombre de Blasco Ibáñez no es tampoco el de aquella águila que ascendía lentamente las escaleras de la cárcel entre las tristes luces de la tarde, repleta la cabeza de divinas ideas, aherrojado el cuerpo entre miserias y lacerías.

Libre el cuerpo y el alma, elevada su inteligencia a un grado máximo de poder, asombrando la generación presente con la exuberancia de su imaginación y la realidad de sus visiones, ha cruzado las fronteras de todos los países, se ha elevado sobre todas las montañas, ha atravesado el mundo del arte en todas direcciones y ha conquistado un lugar entre los elegidos.

Grandes son todas sus obras literarias. Ellas son el reflejo de un temperamento nacido para crear.

Pero si nuestra admiración es grande cuando leemos sus libros, hay una obra que al contemplarla la admiramos sin límites: esta es haber conquistado la libertad para la región en que nació. El arte coloca sobre su frente la corona de laurel. (¡Bravo! ¡Viva Azzati! ¡Viva Blasco Ibáñez!) La política conservará su recuerdo de un modo imperecedero. Las novelas le darán prestigio inmarcesible entre los amantes del arte. Su nombre quedará siempre en el corazón de los luchadores. Desgracia grande hubiera sido para nuestra causa que su primera condecoración oficial se le concediese en una monarquía absurda y mojigata en la que está condenado por pravedad.

Una república, Francia, la Grecia moderna, colmó al luchador republicano de todos los honores. Valencia y Francia, unidas por el ideal político, lo están ahora con los lazos del arte.

¡Viva Francia! ¡Viva Blasco!»

Al terminar su sincero y sentido discurso, el público prorrumpió en entusiastas vivas al discípulo de Blasco Ibáñez, al jefe inolvidable y a Valencia.

D. Adolfo Beltrán

Al avanzar hacia el público, este prorrumpió en atronadores aplausos y entusiastas vivas, impidiendo durante unos momentos que comenzara a hablar.

«Republicanos: Conociendo, como conocéis, mi cariño, mi admiración y hasta mi idolatría por Blasco Ibáñez, al que habrá algunos que querrán tanto, pero

más que yo nadie, permitidme que lamente mi pequeñez y mi ignorancia, tanto porque desearía que mi cultura fuera la primera del mundo y mi palabra la más elocuente para ensalzar los triunfos de Blasco, cuanto porque me asalta el temor de que al tomar parte activa en esta velada, manche con mi pequeñez la grandiosa figura de aquel en cuyo honor la ha organizado la Junta Municipal. (Aplausos.)

Es más difícil mi situación porque me han precedido en el uso de la palabra, amigos tan cultos como Cuber, Barral y Azzati, que han pronunciado magistrales y sentidos discursos, a los que creo imposible pueda añadirse una sola palabra, no ya por mí, sino por cualquiera de los que por derecho propio figuran en primera línea en la gloriosa tribuna española. (Aplausos.)

Pero en fin, queridos amigos, a falta de cultura tengo corazón; a falta de inteligencia tengo entusiasmo; y como vosotros sois de los míos, de los que no sabéis expresaros, pero sabéis querer y sentir... (Gran ovación) tengo la seguridad de que os identificaréis conmigo y supliréis con vuestra indulgencia la falta de dotes oratorias, falta que soy el primero en reconocer.

Blasco Ibáñez ha sido uno de los que han tenido en todos los órdenes mayores enemigos y de todos ha triunfado y a todos lo ha vencido, porque es un genio, y el genio triunfa y se impone siempre. (Aplausos.)

Sus éxitos en el orden político no he de enumerarlos en esta noche de satisfacción y entusiasmo; y además, ¿qué mayor gloria para Blasco y para nosotros, aquellos que fuimos siempre sus amigos y admiradores, los que le acompañamos en la adversidad y en la fortuna, que al ver que la mayoría de sus enemigos han dejado de serlo y que los que con mayor saña y mayor enardecimiento le combatieron son hoy los primeros en proclamar su talento y sus méritos indiscutibles? (Gran ovación.)

Literariamente hablando, recuerdo que no hace mucho tiempo leí en un periódico, no sé en cuál, que las obras de nuestros novelistas no se vendían más allá de nuestras fronteras.

Y Blasco ha tenido la satisfacción de ver que sus obras no solo se traducían en las naciones más cultas de Europa y se vendían en toda la América, sino que ha logrado que sean declaradas de texto en la nación más culta del mundo, en la que marcha a la cabeza del progreso, en la gran República francesa y que su gobierno, en el que figuran hombres tan eminentes como Clemenceau y Briand le haya otorgado la más alta distinción que puede concederse a un extranjero, y que le regale las insignias de la misma, como prueba de afecto y admiración hacia el valenciano ilustre que tan alto pone el nombre de la tierra que le vio nacer. (Ovación.)

Por eso al tener noticia del éxito obtenido por Blasco en el extranjero, la Junta Municipal ha organizado este grandioso acto, para que sus amigos viniéramos a demostrar nuestro cariño y nuestra admiración al que es carne de nuestra carne, alma de nuestra alma. (Grandes aplausos.)

Y por eso Valencia, la Valencia de Blasco Ibáñez no ha podido permanecer indiferente ante los éxitos de su hijo predilecto, del evangelista sublime de la gran religión del deber y del trabajo, del enemigo del fariseísmo moderno, del ilustre entre los ilustres, del reivindicador a lo Voltaire del

oprimido, del novelista insigne que con sus obras ha llenado en nuestro país la última década del siglo XIX y seguramente llenará el primer tercio del siglo XX, y por eso acaba de coronar su busto entre vítores y aplausos, demostración de su satisfacción y de su entusiasmo.

Del Blasco político y del Blasco revolucionario solo he de decir que su vida es una vida de constante sacrificio y desinterés por la causa republicana, y que, merced a su admirable pluma y a su portentosa palabra, en Valencia, donde como en todas partes estaban muertos todas las energías y todos los entusiasmos resurgieron potentes los ideales republicanos, haciendo de ella nueva Covadonga, de donde más o menos pronto ha de surgir el sol esplendoroso de una patria nueva.

Del novelista ¿qué he de decir? Blasco Ibáñez es, a mi juicio, dentro del folclorismo español, el que mejor ha recogido las tradiciones de Valencia y mejor ha pintado sus bellezas.

Como Pereda retrató la gente de la montaña de Santander, Alarcón la de Andalucía, Narciso Oller la de Cataluña y Rosalía de Castro la de Galicia, Blasco Ibáñez ha dado vida al alma de Valencia exteriorizando en *La barraca* a la gente del campo con sus luchas y pasiones; en *Flor de mayo*, al marino; en *Arroz y tartana*, al burgués de la capital, y en *Cañas y barro*, al paria pescador de las lagunas.

Y cuando su obra fue completa como autor regional, alzó el vuelo para trasladarnos en alas de su fantasía a otros siglos y otros tiempos, para retratarnos de la manera magistral que él solo sabe hacerlo, en *Sónnica la Cortesana*, la grandeza de la epopeya de Sagunto.

Pero como esto no era bastante para su poderosa imaginación y su portentoso talento, dio vida a *La catedral*, *La bodega* y *El intruso*, obras demoledoras y grandes, con las cuales ha prestado mayor servicio a los redentores ideales que todos rendimos culto que cien mítines de propaganda y otros tantos discursos parlamentarios. (Aplausos.)

Estas son en síntesis las obras a mi juicio más notables de Blasco, del que es nuestro hermano en ideas y nuestro orgullo en el arte, del que siempre puso su palabra, su pluma y su vida al servicio de la libertad.

Queremos, pues, a Blasco, tanto por su significación política como por su personalidad literaria, que unida a la de Sorolla, pincel digno de Velázquez, y a la de Benlliure, cincel griego, forman los florones que esmaltan la corona literaria de Valencia, única corona que queremos los valencianos. (Grandes aplausos.)

Concluyo enviando en vuestro nombre estrechísimo abrazo al más ilustre de los novelistas contemporáneos y pidiéndoos un aplauso unánime y entusiasta para nuestro maestro, para nuestro caudillo, para el que transformó política y socialmente a Valencia, para nuestro jefe ilustre de ayer, de hoy, de mañana y de siempre, al porque si nuestra desgracia no está hoy entre nosotros, en cambio su espíritu vive y vivirá eternamente entre los que rendimos culto a ideales tan nobles, tan santos, tan elevados y tan grandiosos como los de redención, justicia, libertad y progreso.»

Al terminar su brillante oración nuestro queridísimo amigo D. Adolfo Beltrán, resonó en la sala una estruendosa ovación que duró largo rato.

D. Adolfo Gil y Morte

La apiñada multitud que se estrujaba en el amplísimo patio del teatro Pizarro saludó la presencia de nuestro queridísimo amigo en las candilejas del escenario, con una ovación estruendosa que se prolongó largo rato.

Quiso de este modo indudablemente nuestro partido testimoniar una vez más el acendrado cariño que profesa al Sr. Gil y Morte.

Restablecido el silencio, empezó diciendo:

«Correligionarios: Yo me siento siempre pequeño ante vosotros; pero esta noche me siento verdaderamente anonadado.

Cuando contemplo este hermoso espectáculo, al que vosotros ponéis con verdadero entusiasmo la principal nota; cuando veo estos atributos del arte que han sabido asociarse a la velada que celebráis en honor de Blasco Ibáñez; cuando le veo ahí en efigie, se me ocurre preguntar: ¿Por qué Blasco no nos preside? ¿Por qué nos abandona? Siquiera sea transitoriamente, ¿por qué no se encuentra entre nosotros para reverdecer sus laureles y para infundirnos los alientos que nos han llevado a la lucha y que no nos dejarán un solo momento?

Y aunque a su prestigiosa figura se debe la reunión que celebramos en estos momentos, cometeríamos una gran injusticia si a su nombre no asociáramos el del que ha sido asociado por el gobierno francés; si no tributáramos nuestro aplauso a Sorolla que, aparte su indiscutible mérito de ser un gran artista en la pintura, es devoto de Blasco Ibáñez, es íntimo amigo suyo, es admirador del literato, y es, además, de los que comulgan en sus ideas republicanas. (Estruendosos aplausos.)

Yo, queridos correligionarios, jamás me he servido de lisonjas como escabel para destacar mi personalidad; bien lo sabéis todos vosotros.

Pero esta noche tengo que pagar una deuda de gratitud a Blasco; esta noche he de hablaros de mis relaciones personales con él, de la manera como surgió nuestra amistad, del modo como se fue formando, amistad que hoy nos une estrechamente y que no puede borrarse, que no se borrará jamás.

Yo estaba, correligionarios, en los comienzos de mi vida política apartado de Blasco; no nos separaban antipatías personales, separábanos las ideas. Profesaba Blasco las que encarna el credo federal; creía yo que era necesario ante todo tributar a la unidad de la patria los esfuerzos que en lo político se realizaban.

Pero a pesar de nuestras diferencias políticas existía entre nosotros una simpatía personal, que por encima de aquella nos unía mutuamente.

Él manifestaba que reconocía en mí personalidad suficiente para destacarme algún tanto de los que me acompañaban, y yo le saludaba entre mis correligionarios, considerándole como un nuevo astro que hacía concebir grandes esperanzas para un porvenir no muy lejano.

Vino luego la Unión Republicana; figurábamos juntos con gran contentamiento por mi parte; fuimos los dos elegidos diputados a Cortes, vino un largo periodo de amarguras para Blasco, que nadie como yo conoce.

Tratose de mancillar su honra por alguien que en menguada hora se llamó su amigo. Y en aquellas horas de prueba Blasco tuvo en mí un amigo cariñoso, un confidente en quien depositar las amarguras de su espíritu.

La Unión Republicana tuvo posteriormente que entender en un asunto para él del mayor interés; había que examinar los testimonios aportados y Blasco no compareció, naturalmente; yo hice lo que entendí que debía hacer en cumplimiento de mi deber y jamás le dije lo que había hecho. (Aplausos.)

Terminado el asunto, alguien hubo de hablarle de mi intervención, a lo que contestó Blasco: «Podré tener amigos personales que me demuestren más o menos su adhesión, pero que hayan sido tan leales y desinteresados como Gil y Morte, ninguno; no hay en esto quien le supere».

Llegó la lucha y juntos hicimos aquella formidable campaña que todos conocéis.

Sucedió a aquella la proyectada suspensión de nuestro Ayuntamiento cuando se trataba de procesar a la mayoría republicana. Juntos también hicimos la campaña, juntos corrimos los peligros, juntos defendimos al Ayuntamiento, juntos presidimos aquella manifestación y juntos pasamos por entre los caballos de la guardia civil. (Estrepitosos aplausos.)

Llegó todavía otro momento en que hubo de ponerse a prueba la fortaleza y el corazón del gran Blasco Ibáñez.

Vino el momento de plantearse aquella tremenda cuestión de los suplicatorios, que tenía por principal objeto procesar y encarcelar al autor del famoso artículo titulado «Al pasar». Y nos despedisteis con verdadero entusiasmo cuando partimos para Madrid, y nos obligasteis a hablar desde el vagón que nos había de transportar a la corte.

Recordadlo. Blasco os dijo: «Voy a la cárcel o al destierro».

La noche que pasamos en el tren jamás la olvidaré: él y yo hablamos de los propósitos de fuga y del procedimiento que para lograrla podríamos poner en práctica.

Al final de nuestra conversación dije a Blasco estas palabras: «podrá suceder que tomemos dirección distinta, pero en la frontera me encontrará usted, porque si la situación se nos viene encima ha de ser menos dura la expatriación si la sufrimos juntos». (Delirante ovación.)

Decidme, correligionarios: una amistad que surge en esta forma, que tiene por base la comunidad de ideales políticos y que se ha consolidado cada día más ¿puede romperse nunca? Jamás, jamás se destruirá.

Transcurrirá el tiempo; se interpondrá entre nosotros la distancia que nos separa, pero, lo repito: la amistad que entonces nos unió, esta jamás se romperá.

Y en otro orden de cosas, hablemos de Blasco.

Blasco es un artista, y a sus condiciones de tal debe sus triunfos políticos.

En su cerebro germinaron las reformas de Valencia, que con aplauso general está realizando hoy el Ayuntamiento.

Posee además, como orador, condiciones que le permiten sugestionar a los públicos.

Blasco pronuncia como Demóstenes, tiene el gesto arrogante de Robespierre y el ademán tribunicio que envidiaría el mismo Cicerón.

Con las palpitaciones de su corazón de artista, sabe llegar a lo hondo, arrancando frenéticos aplausos.

En el orden literario no somos nosotros los que hemos de consagrar su fama.

Francia acaba de proclamarle como uno de los primeros novelistas europeos.

Las obras de Blasco son de las que sobreviven al autor. Pasarán los tiempos pero el hálito de su inteligencia, sus condiciones de artista esculpidas quedarán en las novelas que el gran genio supo producir. (Ovación.)

Blasco aseméjase a Sorolla, porque como él es el gran pintor de escenas, de lugares, de ambientes.

Y no es solo en una obra donde Blasco ha prodigado su maravillosa intuición; una tras otra, el gran literato ha derrochado su ingenio, trasladando a sus obras tipos y costumbres, demostrando con ello que es un genio perenne, cualquiera que sea el motivo de la novela.

Sus obras parecen estatuas modeladas por Benlliure.

Ha hecho bien Francia en unir su nombre al de Sorolla.

Hoy puede rendirse otro tributo a Blasco: Sorolla, Benlliure y Cajal tienen *su* calle: Blasco no ha de ser menos. (Estruendosa ovación que dura algunos minutos.)

Acabo de nombrar a tres valencianos ilustres; permitidme que nombre otros que han alcanzado una triste celebridad en el extranjero: son esto Merry del Val y Vives y Tudó, dos hombres que valiera más que no hubieran visto el sol de España. (Grandes aplausos.) Dos hombres que dirigen la política del Vaticano y que tratan de subyugar a Francia si esta no se rinde a ese extranjero que reside en Roma. (Aplausos).

Por esto, queridos correligionarios, y con esto concluyo, nuestro mejor testimonio de agradecimiento a Francia con motivo de la distinción que acaban de ser objeto Blasco y Sorolla es decirle: Te saludamos y te deseamos que en ese duelo a muerte que acabas de entablar con el Vaticano salgas vencedora, que el triunfo no será solo para ti, será para toda la Europa culta, para toda la humanidad.»

Así terminó su hermoso discurso nuestro queridísimo amigo el Sr. Gil y Morte, siendo ovacionado por el público, que le vitoreó repetidas veces.

[Un día después se presentó en el Ayuntamiento la proposición redactada por el concejal Sr. Cuber, para que, con carácter de urgencia, se acordara:

- 1. Declarar a Vicente Blasco Ibáñez hijo predilecto de Valencia.*
- 2. Sustituir con su nombre la denominación de la plaza de la Reina.*
- 3. Abrir una suscripción popular para recoger dinero con que financiar la lápida con el nuevo nombre de la plaza.*
- 4. Convocar al Ayuntamiento en pleno para que acudiese a la ceremonia de colocación de la lápida.*

Tras la correspondiente votación, la proposición fue aprobada (El Pueblo, 18-XII-1906)]